

ELIE WIESEL

# CONTRA LA MELANCOLÍA

Segunda Celebración jasídica

Edición a cargo de  
MIGUEL GARCÍA-BARÓ LÓPEZ

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2022

Imagen de cubierta: *Menorá*, representación medieval en pergamino  
Imágenes de las guardas: *Escenas jasídicas*, Herszel Danielewicz (1882-1941)

Tradujo Miguel García-Baró López  
del original francés *Contre la mélancolie*

© Éditions du Seuil, Paris 1981  
© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2022  
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es  
[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-2125-0  
Depósito legal: S. 124-2022  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

<i>Presentación</i> , de Miguel García-Baró .....	9
---	---

## CONTRA LA MELANCOLÍA

RABÍ PINJÁS DE KORETZ o la sabiduría jasídica .....	15
RABÍ AJARÓN DE KARLIN o el fervor jasídico .....	41
RABÍ WOLFE DE ZBARAZH o la humildad jasídica .....	65
RABÍ BARUJ DE MEDZEBOZH o la cólera jasídica .....	85
RABÍ MOSHÉ-LEIB DE SASSOV o la compasión jasídica .....	111
EL VIDENTE DE LUBLIN o la melancolía jasídica .....	135
RABÍ MEÍR DE PREMISHLAN o la sencillez jasídica .....	167
RABÍ NAFTALÍ DE ROPSHITZ o la risa jasídica .....	191
RABÍ MÉNDEL DE WORKE o el silencio jasídico .....	211
<i>A modo de epílogo</i> .....	239
<i>Glosario, índice de nombres, mapas y cronología</i> .....	243

# PRESENTACIÓN

MIGUEL GARCÍA-BARÓ

Es de la pluma de Wiesel una de las más tristes afirmaciones que jamás se hayan escrito: «Los santos son los que mueren antes del final».

Triste pero, al mismo tiempo y paradójicamente, llena de una esperanza que podría llamarse sobrenatural; porque quien grita un dolor semejante está en realidad exorcizándolo. Más aún, está reconociendo que uno mismo —que ha seguido viviendo más allá de la peor desdicha— no es santo, lo cual significa que quien habla reconoce la maravilla de la existencia de algunos santos y, sobre todo, la posibilidad abierta para todo futuro, todo presente, todo pasado, de la santidad. La santidad no es aquí otra cosa que la resistencia infinita al mal, el no pactar jamás ni con el crimen ni con la desdicha.

Wiesel tuvo, en consecuencia, que celebrar a los santos, a muchos de ellos, y en concreto a los que le eran más afines: los de la Biblia, los del Talmud, los de la tradición mística del jasidismo moderno. En sus novelas no se olvidó, sin embargo, de ampliar esta peculiar celebración a poetas bajo Stalin, a cristianos, a héroes de cualquier procedencia.

Cuando se relata una historia jasídica, resulta obligado rehacerla hasta cierto punto, porque solo así se está en el júbilo del *jasid* y en el homenaje al *tzaddiq*. La repetición es una blasfemia en un universo donde todo avanza, Dios sabe en qué dirección. Ni tan siquiera los serafines que cantan eternamente la Presencia de Dios han repetido jamás una estrofa.

El lector de los relatos recogidos en esta obra aprenderá mucho si los compara con los que recogió Martin Buber ya

antes de la Primera Guerra Mundial. Para Wiesel, el mundo de sus antepasados, cuyo centro sitúa en la corte del Rizhiner en Sighet y alrededores (verdadero cruce de caminos entre las actuales Rumanía, Ucrania, Hungría, Eslovaquia, Polonia...), fue el de la melancolía. O, dicho de otro modo, no haber logrado los Justos violar el orden de las cosas y así adelantar la venida del Mesías al espanto de la *Shoá*. Ellos tenían ese poder y concibieron muchas veces –quizá todos ellos, desde el mismo Baal Shem Tov a principios del siglo XVIII hasta el sombrío Rav Najmán de Bratislava, muy avanzado el XIX– cómo conjurarse para atraer por fin la Redención. Mas algo oscuro, unas veces en ellos, otras en la comunidad y otras más en lo inexplicable, siempre los detuvo. No recurrieron a la magia mística de la Cábala, aunque se lo propusieron, en el límite de la audacia y de lo lícito.

En la infancia de Wiesel, el relato que había que contar era el del loco fugitivo de Hungría que se espanta al ver rezar y cantar a grandes voces a los *jasidim* del norte de Rumanía: «¡Silencio, que Dios va a percibir, si no, que aún quedan judíos en esta parte del mundo!». Y enseguida lo sabrá Himmler también.

En la madurez de Wiesel, la exaltación antigua de los Piosos no es ya accesible a quien regresó muerto del campo de Birkenau. Lo que resta es recuperar el espíritu que aún se recuerda para, en prosas inacabables, anunciar que la compasión, el calor cordial, la fraternidad subsisten locamente porque han obedecido el mandamiento nuevo: «No le deis la victoria póstuma al nazismo». Wiesel me confesaba que el esfuerzo constante de esta prosa –en francés, no más en judío, o sea, en ídish– lo dejaba a diario con un intenso dolor de garganta, como si hubiera estado gritando y sollozando.

Nuestro tiempo exige, quizá más que otros, que exista la esperanza absoluta, que ahora es lo más imposible y, por eso mismo, lo que más valor posee. Entre sonrisas, arrebatos de entusiasmo y crisis enigmáticas de melancolía, Wiesel, que

llevaba en sí todo ello junto, quiso creer que ha pasado del todo el momento dominado por el cuento sobre el viejo loco peregrino que llegó a Sighet, seguramente, en la primavera de 1944. El que llegó muerto a París en el verano de 1945 resucitó gracias a que la tradición jasídica no fue quemada por entero en la *Shoá*.

Y es que lo que contiene de universal alimento para los espíritus necesitados debe estar siempre a la mano.

## RABÍ PINJÁS DE KORETZ, O LA SABIDURÍA JASÍDICA

Cierto día, un joven jasid<sup>1</sup> fue a ver a Rabí Pinjás de Koretz, famoso por su sabiduría y su compasión, y le suplicó:

–¡Ayúdame! Necesito tu consejo y, todavía más, necesito tu intercesión. Mi angustia es tan grande y tan pesada que no puedo soportarla. Haz que se disipe, Maestro. En torno a mí y dentro de mí el mundo se hunde bajo el peso de su tristeza y la mía. Haz que vuelva a alzarse, Maestro. Los hombres no son humanos; la vida ya no es sagrada. Las palabras están vacías: vacías de verdad, vacías de fe. Ya no sé hacia quién volverme ni de qué apartarme. Las dudas me asaltan, y lo hacen con tanto poder que ya no sé quién soy ni por qué existo. Y lo que es peor: ni siquiera me importa ya saberlo. Maestro, ¿qué debo hacer? Dime, te suplico: ¿qué debo hacer?

–Ve y estudia la Torá –respondió Rabí Pinjás de Koretz–. La Torá es el único remedio. Siempre lo ha sido. Ella contiene todas las respuestas. Ella es la respuesta. ¿Acaso la has olvidado?

–No, no la he olvidado –exclamó desesperado el discípulo–. Pero, desgraciado de mí, soy incapaz de estudiar. Mis certezas se tambalean; mi ímpetu se ha frenado. Mi alma no sabe a qué aferrarse, dónde refugiarse: se va por el mundo errante y yo me quedo allá, abandonado como un desecho. Abro una página del Talmud y me quedo mirándola sin objetivo ni fina-

1. Renunciamos a transcribir científicamente los términos hebreos; tratamos, más bien, de reproducir en castellano el modo en que deben ser leídos (N. del T.).

lidad, todo el rato la misma página. Todas las frases me son opacas; cada palabra es un obstáculo, una pared más alta que el cielo. Soy incapaz de avanzar, de terminar ni un pensamiento. ¿Qué haré, Rabí? ¿Qué debo hacer para avanzar?

Cuando un judío, aunque sea un Rabí, no puede contestar, puede al menos contar una historia. Eso hizo el Rabí de Koretz, e invitó a su visitante a que se acercara.

—Escucha —le dijo sonriendo—, lo que te pasa a ti también me ocurrió a mí. Cuando tenía tus años, tropecé en los mismos obstáculos y encontré esos mismos escollos. Conocí tus angustias. Fue un milagro que el corazón no se me rompiera, de tanta incertidumbre y tanto miedo. No entendía nada: el hombre y su destino, la creación y su destino... Luchaba contra tantas fuerzas tan oscuras, que me resultaba imposible dar un paso. Iba quedando adherido a la niebla de las dudas y la desesperación me tragaba. Intenté orar, estudiar, meditar... Fue en vano. Probé con la penitencia, la soledad, el silencio... En vano. Mis preguntas seguían asediándome como antes. Era imposible avanzar hacia el futuro; ni siquiera podía imaginármelo. Un día oí que Rabí Israel Baal Shem-Tov en persona, el Maestro del Buen Nombre, iba a venir a mi ciudad. Fui por curiosidad a la posada donde recibía a sus fieles. Los encontré en mitad de la oración. El Baal Shem acababa de terminar la *Amidá*, la oración silenciosa. Retrocedió tres pasos. Me vio. Yo estaba seguro de que no me veía más que a mí. Ante la intensidad de su mirada, tuve que bajar los ojos. De repente, me sentí menos solo. Volví a mi casa. Me vi capaz de abrir de nuevo el Talmud y continuar el estudio desde donde lo había abandonado. Fíjate —dijo a su discípulo el Rabí de Koretz—: las preguntas seguían abiertas y las dudas seguían angustiándome, pero podía continuar.

¿Que cuál es la moraleja? Las preguntas no son peligrosas. No lo son, en todo caso, para quien ya estudiaba antes de haberlas sufrido y sigue estudiando después. Y también que las



dudas no necesariamente son destructivas. Que no lo son, en todo caso, si nos conducen hasta alguien que conoce el camino porque ya lo ha explorado antes, alguien dispuesto a escuchar y a tendernos una mano. A su manera, las dudas pueden llegar a ser creadoras, si nos conducen hasta un maestro jasídico.

Esto es lo que Rabí Pinjás de Koretz procuró enseñar a su joven discípulo al contarle la historia que tenían en común:

No abandonar nunca, no renunciar nunca. Hay que volver incluso sobre las preguntas sin respuesta; hay que volver a plantearlas una y otra vez; hay que examinarlas sin cesar como si siempre fueran nuevas y urgentes.

No creerse nunca solo. No pensar jamás que nuestra tragedia es exclusivamente nuestra. Ha habido otros que han conocido el mismo dolor y han sufrido los mismos extravíos.

Dios está en todas partes: en la pena e incluso en el desgarrar.

También está en la mirada. Es mirada. Una buena historia jasídica, aun cuando cuente un milagro, en verdad nos dice esperanza y amistad, que son los mayores milagros de la vida.

Variación sobre el mismo tema. Temiendo que su fe se ahogara por los ataques de la duda, Rabí Pinjás marchó a Médzebozh para pedir la intercesión del propio fundador del movimiento jasídico, que casualmente aquel día se hallaba... en Koretz. Rabí Pinjás regresó a toda prisa y corrió a la posada donde el Besht (el Baal Shem) recibía a sus discípulos. Los encontró comentando el pasaje de la Torá que narra cómo Moisés, con los brazos alzados, rechazaba los ataques de Amalec.

—Moisés—decía el Besht— batallaba con la oración y en la oración. Pongamos que un hombre se siente turbado, que se da cuenta de que su fe flaquea. ¿Qué habrá de hacer? Se vuelve al cielo, levanta los brazos e implora a Dios que le restituya la fe. Eso hace. Eso es lo que hay que hacer.

Y Rabí Pinjás comprendió que el Besht se refería a él. Y también Moisés.